

LITERATURA
LATINOAMERICANA

Javier Hernando Murillo
Patricia Valenzuela Rueda
Maria Luisa Ortega
Myriam Zapata Jiménez

AHORA, CUANDO YA NO IMPORTE *

Javier Hernando Murillo**

*Juan Carlos Onetti murió poco después de la publicación de su última novela, **Cuando ya no importe**, dejándola, para los lectores, como el último de sus actos de amor, como la última de sus perversiones.*

Con las palabras que siguen sólo pretendo un homenaje a sus textos, por todos los placeres que me regalan cuando vuelvo a ellos, como si no hubiera más remedio. Este goce, hasta donde entiendo, es lo que justifica el juego de la literatura.

La escritura como milagro

El hombre es el único animal que se preocupa por lo que no ha sido todavía, y también por lo que no será; la capacidad de su cerebro lo hace dueño de múltiples tiempos y espacios a través del recuerdo y la imaginación; es animal prodigioso, sin duda, que ha visto cómo su poder lo convierte en un desheredado del presente y de la autonomía del instante: criatura sola dentro de las paredes de su torre, monstruo aislado y temeroso de sí mismo.

A partir de la nostalgia de no ser Dios, de no ser santo o héroe, el poeta hace con las palabras un objeto nuevo para su satisfacción, un artificio verbal armónico, coherente y autónomo. La ilusión del lenguaje posibilita el paraíso tantas veces deseado: un pedazo propio de tiempo, hacerse dueño de un aquí y un ahora virtual, sólido y perfecto.

* Texto basado en el trabajo de grado para optar al título de Diplomado en Literatura: **Juan Carlos Onetti, el libro de los fracasos inevitables.**

** Diplomado en estudios literarios de la Universidad Javeriana. Actualmente cursa la Maestría en Literatura Latinoamericana y es profesor del Departamento de Literatura de la misma Universidad.

La obra ubica a su creador, lo justifica, lo *salva* del ineludible rodar del tiempo sobre sí mismo; lo hace, por fin, dueño del devenir, amo y señor de la vida y de la muerte. Dios, ahora sí, renegado como Luzbel, autónomo y poderoso.

El escritor, como narrador, es un fundador de tiempos. Artesano que logra dar cuerpo y transcurrir a todas las voces, a todas las fantasmagorías que se desbordan sobre el papel. Y debe ser poeta, también, porque la poesía es el GOL de la escritura; “una cuestión de sensibilidad”, dijo alguna vez Francisco Maturana.

El escritor se apodera del hombre como vampiro; canibaliza su existencia para extraer de su cuerpo –ahora también un instrumento– esos núcleos que motivarán que el ritmo que habita su mente tome cuerpo, por fin, a través de los objetos a los que sus sensaciones han dado forma: Las Ideas y las Historias por contar.

El escritor es un guerrero. Se arma con la frase y su efecto –ese oscuro objeto del deseo- para dar forma al *Estilo*, a su manera característica, a su modo peculiar-particular e individual- de moldear y dar cuerpo a ese tiempo inaugurado con la primera palabra. La tendencial combinación de palabras, los giros, la sintaxis y períodos particulares se articulan a la hora de escribir para concretizar -obligar a la existencia- a esos vahos informes que son, en un primer momento, todos los impulsos creativos.

Onetti, el escritor

Juan Carlos Onetti escribe compulsivamente desde dentro de su alma enferma de ser hombre, con la vocación del enfermo que da rienda suelta al vicio que, sabe, se alimenta de él. Onetti es el enemigo de Onetti, su verdugo y su depredador. Se engulle a sí mismo para convertirse en ritmo, en movimiento, en pausas, y en atmósferas. Adquiere las mil dimensiones del papel mientras deja en la cama al hombre viejo de siempre, al cansado, al orgulloso de su alcoholismo crónico y del abandono del que es objeto.

Onetti-dios, Onetti-Cronos, es Brausen, el primero de sus narradores y el que da cuerpo a los demás para abrir de nuevo la caja de Pandora.

Aparece, inocentemente, limpio de intención, en **La Vida Breve** (1950). Brausen es el esposo de Gertrudis y el amigo de Julio Stein, quien le ha encargado un argumento para realizar una cinta cinematográfica, nadie sabe de qué calidad, justo por la misma época en que su mujer es intervenida quirúrgicamente a causa de un cáncer que le ha invadido el seno derecho.

Brausen se sienta, piensa y escribe. Descubre –porque escribir para Brausen (y para Onetti) es descubrir y no inventar– a un médico, el doctor Díaz Grey, dentro

de un consultorio; al fondo del consultorio hay un escritorio y una ventana a partir de la cual se va a generar, se va a escapar, toda la creación; es la famosa ciudad de Santa María, la que aparece al fondo de su imaginación, la que lo atrae y lo absorbe con toda la fuerza que late entre sus calles huérfanas.

Desde entonces Díaz Grey se convierte en sus ojos y en su boca. Por él Brausen mira y habla; por él se ve empujado a comportarse como un *daimon* diminuto, torpe y efectivo. Tan efectivo que es en esa misma Santa María crecida como con levadura a la orilla del río, donde Brausen, ya no creador sino *simple* personaje, se va a refugiar cuando escape de Buenos Aires, perseguido por la policía.

Díaz Grey, Santa María y sus personajes, existen tanto como Brausen y su esposa, tanto como Onetti, el escritor. Todos son verdades *lógicas*; signos, juego imaginario con que toman —tomamos, cada lector es un cómplice más— revancha de las fragilidades y las estructuras triviales que, en vano, esperamos que nos justifiquen todos los días.

Brausen sobre Díaz Grey, Onetti sobre Brausen, Onetti sobre Onetti, y el lector también sobre Onetti. Es tanto el poder del juego de manos, que el lector termina incluido también en este juego que parece prolongarse al infinito con cada jugador.

La Literatura pone en escena, siempre, unas vidas que antes del texto no eran más que ilusiones, esperanzas o recuerdos; hace verdad lo que no eran sino suposiciones o deseos difusos.

Lucidez y Ternura

Toda la construcción del universo onettiano, toda la historia de esa Santa María y sus alrededores, sus antecedentes y sus consecuencias, puede entenderse desde el enfrentamiento de la lucidez y la ternura, que se articulan para encontrar un nuevo sentido al absurdo.

—Lucidez

Lucidez es la capacidad de ver, de habitar de Luz, de dar al dominio de la razón, de la conciencia, lo que antes se mantenía oscuro, oculto dentro de posibilidades cifradas. Onetti acepta la responsabilidad de ser la conciencia de un mundo turbio y abandonado no sólo por los dioses, sino también por la promesa de su regreso. No hay más que el hombre y sus obras, nada diferente de sus manos vacías y sus deseos insatisfechas.

El paisaje onettiano no pasa de ser el fondo de una pintura impresionista, entorno urbano habitado por edificios viejos, silenciosos y apenas mantenidos por hombres

y mujeres que dejaron de creer hace mucho tiempo, entregándose a una dulce entropía que los libera de la responsabilidad, de las limpiezas a fondo y de los proyectos realizables. Se trata de personajes envejecidos desde mucho antes de haber nacido; hombres que soportan toda la presión de la soledad y el encierro de un mundo del que no pueden sustraerse o liberarse porque no hay puerta que cruzar —nunca la hubo— y, sobre todo, porque no hay más remedio que aceptar —y amar— ser el que es.

El mundo creado por Onetti está desprovisto de anhelos y expectativas; por eso se articula desde el vacío, desde la ausencia de ilusiones. Es un mundo en el que no puede evadirse de ninguna manera el desnudo y absurdo rostro de la vida y la muerte.

Lucidez, en el caso de Juan Carlos Onetti, es adoptar la actitud que posibilita a un hombre enfrentar este mundo totalmente desprovisto de sentidos y afanes conciliatorios. Se trata de una actitud serena, desprovista de desgarraduras o dolores lacrimosos. Ya se ha hecho consciente de su desarraigo y de su soledad, y lo ha aceptado.

Los personajes onettianos, por lo tanto, no creen en la posibilidad de que sus sueños se hagan realidad, aunque esto no implica que carezcan de sueños. *Lúcidamente* reconocen que estos deseos no son más que deseos, y que, por lo tanto, no hay que esperar que se realicen; la mentira siempre será un logro para ellos mientras la sepan reconocer como mentira, sólo de esta manera pueden ser el motor para sus existencias melladas.

Constantemente mienten o son objeto de mentiras —un guión para Brausen, una historia para Rita, un astillero o un prostíbulo para Larsen, un hombre para Magda—, pero siempre a sabiendas del carácter virtual de sus promesas. Mienten, sí, pero nunca se engañan.

“El creador se miente en lo creado y contempla la verdad de su propio ámbito”, dice Onetti, y también:

“Hay que vivirse en un mundo que permita experimentar la sensación de no haberse estafado a sí mismo, y en la consecuencia, de no haber estafado a nadie, nunca”¹.

Onetti reconoce el vacío del hombre como hombre —no importa si Moderno, Posmoderno o Postmoderno—, el rótulo es lo de menos, para enfrentarlo —para

1. Onetti, “La literatura, ida y vuelta”. Artículo publicado en “El viejo Topo”.

enfrentarse— con tranquilidad y desfachatez; sin prejuicios, con cierto gusto y ya sin miedo a la tragedia.

—*Ternura*

“La ternura nace del momento en que el hombre es escupido hacia el umbral de la madurez y se da cuenta, angustiado, de las ventajas de la infancia, que, como niño, no comprendía”.

Milan Kundera².

La ternura es el resultado del encuentro instantáneo de la infancia con la madurez. Infancia en cuanto entrega inocente; inocencia limpia que permite que todo se acerque, toque e invada. Maleabilidad pura. Riqueza de asimilación. Capacidad de entrega.

Si había afirmado que la lucidez en la obra de Onetti consiste en ser capaz de enfrentar la desnudez y el sin sentido del mundo tal como éste se vaya presentando, sin ninguna *muleta psíquica* (el término es del mismo Onetti), hay que tener en cuenta que nadie puede pasar de largo por el dolor, mucho menos cuando ha dolido tanto que ya no duele. Se pasa entonces de la borrachera a la debilidad, y de nuevo a la borrachera.

Una vez el dolor físico sobrepasa el umbral que instaura el cerebro, su conciencia cesa. De la misma manera, el saber-se doloroso y reiterado desemboca en negación, en mudez absoluta.

Esta es la experiencia previa, me figuro, para el narrador que adeuda Juan Carlos Onetti en cada uno de sus textos.

Se lleva a cabo un proceso de saturación tanto de los sentidos como de los procesos mentales a los que las sensaciones sirven como materia prima. Algo se desconecta en ese momento; sobreviene el cansancio, la negación, la página en blanco.

La ternura es, en Onetti, escribir; volver a comenzar pero ya mudo, ya decepcionado, la construcción de ese organismo verbal que terminará por imponerse al silencio primero. Inocencia adquirida desde la madurez, nueva pintura, artificio. Toque límite entre lo amargo de la conciencia y lo dulce del papel virgen y la tinta fresca. Hay que hacerse digno de la decepción, del silencio y de la inocencia, y esto no se consigue sino con la conciencia descarnada de quien, como este uruguayo, se ha enfrentado a sí mismo sin atenuantes.

2. Kundera, Milan. *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets editores, 1987.

Por esto el estilo de Juan Carlos Onetti es pesado y viscoso, pausado y difícil de seguir. Un *Ritmo lento* que adormece entre sus brazos como veneno y que desde la primera frase seduce a pesar de que le deja ver al lector que no encontrará *linduras* ni agradables sofismas con qué curarse de las heridas de todos los días.

En sus textos Juan Carlos Onetti no pretende afirmar nada ni dar la razón a nadie; solamente se ve abocado a decirse a él mismo, desnudando los gestos más turbios y vulgares de su vida, una vida humana ni mejor ni peor que la de los demás.

En una entrevista, cuando le preguntaban acerca de lo cerradas que eran para “el grueso del público” sus obras, Onetti contestó:

“Sí, entiendo que es una postura completamente egoísta, pero piense que para dirigirme al público yo tendría que decirle cosas muy buenas, muy dulces y muy inteligentes; si no, ¿para qué?, ¿para repetir lo que otros ya han dicho? Como esas grandes cosas no se me ocurren, mi cerebro no da para eso, me dedico a escribirme a mí mismo”. (J.C. Onetti, en “El viejo Topo”).

Onetti trabaja como reciclador; buscando entre los desperdicios de un mundo disgregado para siempre lo que pueda servirle para construir ese lugar donde, de una u otra manera, logre encontrar un espacio para su entrega, su abandono, su sueño, su mentira y su felicidad: su literatura.

Ubi Libertas

Ibi Patria, dijo para cerrar su discurso al recibir el Premio Cervantes en 1980. La patria está allí donde se encuentra la libertad, y eso es lo que quiere este escritor, como todos los otros: decir lo que le dé la gana. Porque escribir, para él, no es más que un acto de amor, de entrega; de negación del yo, si se quiere, porque Onetti ha demostrado, junto a tantos otros, que solamente es feliz —por pleno— aquel que es capaz de despojarse de su propio yo para comenzar a ser otro.

Escribir para Onetti es, entonces, jugar, entregarse a la acción de la cabeza-mano sobre la hoja de papel en blanco que poco a poco se va llenando con todo lo que se quisiera y ahora puede ser, y Es, porque la palabra tiene el peso y la consistencia de la materia que respira y es tangible.

Pero el escritor será siempre un obrero de lo inefable. No importa -cómo vivir sin esta certeza- jugar al amor y perder, si lo que cuenta es realizar el ejercicio.

Ni Onetti ni ningún otro podrá escribir nunca el mejor de los libros, ni siquiera el que hubiera querido escribir, así como no hay amor completo o amor que pueda realizarse eternamente. Del mismo modo, Brausen nunca podrá finalizar el guión

que terminó dando origen a santa María, ni Díaz Grey dejará de ser un simple espectador y compilador inconcluso de su ciudad; pero, al igual que una caricia se inventa la piel predispuesta al placer, siempre queda después de todos sus esfuerzos un texto escrito que pone de manifiesto su búsqueda, su vida; y ésto los justifica.

A la hora de la verdad —escribe el viejo Onetti, Onetti el narrador, el poeta Onetti— sólo importa sentir felicidad, frenesí del acto de amor. Todo el resto es ilusión”³.

Al final la muerte lo alcanzó; él la esperaba acostado, paciente, fumando y, tal vez, un poco borracho. La preveía al final de su última novela, como podía haberla previsto al final de cada frase de cada uno de los textos que, sin importar si iban o no a ser publicados, se empeñaba en continuar garrapateando:

“Otra vez la palabra muerte sin que sea necesario escribirla. Hay en esta ciudad un cementerio marino más hermoso que el poema. Y hay o había o hubo allí, entre verdores y el agua, una tumba en cuya lápida se grabó el apellido de mi familia. Luego, en algún día repugnante del mes de agosto, lluvia, frío y viento, iré a ocuparlo con no sé qué vecinos. La losa no protege totalmente de la lluvia y, además, como ya fue escrito, lloverá siempre”⁴.

Ahora, cuando ya nada debe importarle, estará escribiendo por el puro gusto de hacerlo; o tal vez ya no, porque su paraíso debe estar, por fin, en el profundo placer del silencio.

3. Ibid

4. Onetti, **Cuando ya no importe**. Madrid : Ed. Alfaguara, 1993